



LA SANTA CAPILLA.

RELACION AUTENTICA E INEDITA DE LA MUERTE DE MARÍA ESTUARDA.

Las escenas trágicas que con harta lamentable frecuencia nos presenta la historia, tienen el privilegio de fijar la atención de todo el mundo, y deben por lo mismo ser objeto de un examen especial por parte de los que se dedican al estudio de la ciencia histórica.

Bajo este punto de vista consideramos de bastante interés el documento que insertamos á continuación, y acerca de cuya procedencia vamos á decir antes algunas palabras. Hace pocos meses ocupó el célebre historiador Mr. Mignet una de las sesiones de la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia, en la lectura de un informe sobre la curiosa publicación titulada *Papeles de Estado, papeles y documentos inéditos ó poco conocidos, relativos á la historia de Escocia durante el siglo XVI, sacados de los archivos y bibliotecas de Francia, y publicados por Mr. A. Teulet, agregado á la sección histórica de los archivos nacionales*. La impresión de esta interesante obra ha sido costeada por la sociedad Bannatyne, fundada en Edimburgo hace mas de treinta años, y á la cual es deudora la ciencia de muchas publicaciones de interés. Mr. Teulet tuvo la atención de ofrecer á la Academia uno de los rarísimos ejemplares de esta publicación; y decimos rarísimo, porque la colección de los papeles de Es-

tado relativos á la historia de Escocia forma dos enormes volúmenes que no se expenden al público, y cuya tirada de ciento diez ejemplares se destinó exclusivamente para los noventa individuos que componen la sociedad Bannatyne, y para algunas corporaciones nacionales y extranjeras que se hallan en correspondencia con ella. Los documentos y piezas que contiene esta obra abrazan los dos reinados de Jacobo V y de María Estuarda, desde el año de 1513 hasta el de 1587, y consisten en tratados, cartas particulares, despachos de reyes, de reinas y de embajadores, relaciones de sucesos de alto interés histórico, memorias sobre cuestiones importantes, instrucciones diplomáticas, negociaciones secretas, etc., etc.

«Estos volúmenes, dice Mr. Mignet en el análisis que ha presentado á la Academia, son la continuación, ó mejor dicho, el complemento de esas preciosas colecciones formadas desde hace muchos años y en los últimos tiempos, sobre la época más agitada y decisiva de la historia de Escocia.

Por ellos puede verse con toda claridad el estado interior de aquel país, su organización política, su transformación religiosa, los designios de sus reyes, las embiciones turbulentas de su aristocracia feudal, y el espíritu de osadía de su nuevo clero democrático. Ellos nos enseñan, bajo un punto de vista más animado y más curioso, las sangrientas luchas que tuvieron lugar entre la Escocia y la Inglaterra, las cuales divididas por la diferencia de sus respectivas nacionalidades durante la primera mitad del siglo, se unen durante la segunda por

la conformidad de sus creencias religiosas, y representando por último en sus grandes vicisitudes y en su trágico fin la apasionada rivalidad de la católica María y la protestante Isabel; rivalidad que comienza en 1533, desde el momento en que esta sube al trono de Inglaterra, y María Estuardo como descendiente legítima de Enrique VIII, toma en la corte de Enrique II las armas y el título de aquel reino, y que viene á concluir sobre el lúgubre cadáver de Fotheringay. Estos documentos, en fin, dejan percibir sucesivamente en todo su esplendor, en su decadencia y en sus últimos momentos, la antigua alianza entre la Francia y la Escocia, que venía sosteniéndose desde el siglo XIII, y que cesó juntamente con el catolicismo y la independencia de la Escocia cuando esta se hubo unido definitivamente á la Inglaterra por el territorio, después de haberse acercado á ella por el protestantismo.

Una de las páginas mas dramáticas de la colección de Mr. Teuliel es sin duda la que ofrecemos á nuestros lectores, y contiene: *El verdadero relato de la ejecución hecha en la persona de la reina de Escocia*, que comprende el proceso verbal ó acta de los últimos momentos de la infortunada María Estuarda, escrito en francés antiguo en el estilo que usaba en este género de documentos.

Dijo así:

«En seguida volvieron allí los condes con el señor Amias, Paulet y otras gentes, y encontraron ya preparada á la reina, la cual parecía aguardar su venida, con semblante sereno y dispuesta á llevarlo todo con gran conformidad y paciencia.

Después que mediaron algunos resados por parte de la reina á los condes, y también por parte de estos á la reina que se hallaba en su cámara, y les requería para que su cuerpo fuese enterrado con solemnidad y conforme á los ritos de la iglesia católica romana, como correspondía á su estado y jerarquía, y también para que á sus criados y á sus doncellas (que eran seis las que cuidaban de su persona) les fuese permitido acompañarla hasta el lugar del suplicio y verla ejecutarse; así como para que se diese permiso á su capellan, que había sido separado de ella después que se le notificó la sentencia, para venir á visitarla antes de la ejecución, y se crease fuese para que le administrase el Sacramento del altar antes de la muerte: finalmente, encargó se cuidase de que sus criados fuesen completamente pagados de lo que se les debía, y enviado cada uno de ellos á su tierra, segun la condición de cada cual.

El conde de Shreshbury, como se le llama, le invitó á declarar si era consentidora de algunos otros designios ó traiciones secretamente urdidas contra la persona sagrada de S. M. ó contra el Estado público de aquel reino.

Su respuesta fué que ya había sido interrogada acerca de lo mismo, y que en aquel momento no estaba dispuesta á contestar á semejantes cuestiones.

Pronunciadas estas y otras palabras en la cámara, se la notificó que el preboste estaba á la puerta aguardando su salida; oyendo lo cual respondió: «Vámonos, pues.» Y dicho esto, se levantó y salió del aposento, acompañada de los condes y del señor Amias Paulet. En la gran sala en que fué ejecutada se hallaban muchas nobles y gentes de menor categoría, por entre las cuales atravesó, llevando cerca de su persona solo tres de sus criados y dos doncellas; la una francesa, llamada Bamele, y asocesa la otra, que tenía de nombre Erax, y Mr. Melvin que le llevaba la cola del vestido, y de nadie mas le fué permitido ser acompañada al suplicio.

Al marchar la condujeron un caballero noble del servicio del señor Amias Paulet, á quien llamó para esto la reina, como la persona destinada por especial nombramiento del señor Amias Paulet á prestar aquel servicio. Y como bajase la escalera que conduce de la gran cámara al salón, le dijo el caballero: «Os ruego que me ayudéis ahora un poco á animar á mis servidores, á quienes he mandado me conduzcan á la muerte, como el último servicio que habrán de prestarme.» Y levantándose después de estas palabras por su propio pie, entró en la sala y dijo á un mayordomo, que llevaba la cola del vestido: «Móvenos, si nos has servido muchos años, y siempre has sido fiel para nosotros: no está ahora en nuestra mano recompensar tus servicios; esto lo dejamos encargado á otros; pero haznos todavía este último favor: retórnandome á mi hijo, y dándole que muero en la fé católica; que se acuerde que descende de la raza de Enrique VIII, y anárgale de nuestra parte que sea heno con los católicos muertos á la reina.»

En la sala del referido castillo se había levantado un cadalso hacia el medio de la estancia con bastante espacio á su alrededor, y de una altura como de dos pies y medio, cercado con una barrea, excepto por uno de los lados, en que se habían hecho dos escalones para hacer subir al tablado, que estaba cubierto de frisa negra, así como todo el espacio comprendido entre la valla. En el centro del cadalso se había colocado un lajo, sujeto al piso y cubierto de negro, y cerca de él un cogin de frisa negra para arrodillarse, una silla también cubierta del mismo color para la reina, y otras dos descubiertas para los condes. Sobre el tablado estaban solo los referidos condes y los ejecu-

tores, que permanecieron delante de la valla, y alrededor algunos hombres con alhargas para contener á la gente y con orden de no permitir á nadie cerca de la valla.

Llegó la reina al lugar del suplicio sin parecer conmovida por aquel espectáculo, y después de mirar con semblante alegre á toda la asamblea, tomó asiento en la parte de abajo, mientras sus servidores se repartían sobre el tablado. Entonces Mr. Beslie subió también á él, y leyó en voz alta la sentencia, oyéndola la reina y todos los concurrentes. Durante todo el tiempo que duró la lectura se notó que el semblante de la reina no había experimentado la menor alteración; de blande que concluida aquella, y habiéndola dicho el conde de Shreshbury: Señora, ved lo que os resta que hacer, contestó únicamente: Señores, cumplid vuestro deber. Y dicho esto se levantó del asiento como para arrodillarse y rezar. El doctor Fescher, ministro protestante del templo de Peterborough, fué llamado para tener una breve plática con ella; mas la reina lo rehusó y le interrumpió desde las primeras frases, diciendo: «Señor ministro, soy católica y estoy resuelta á morir como tal, y es locura pensar en convencerme de lo contrario; á mas que vuestras oraciones no me han de servir de gran cosa.» A lo que el conde de Shreshbury le dijo: «Dudeme sobremanera veros tan entregada al papismo; pero permitid que roguemos á Dios por vos.» Y el conde de Kent añadió: «Señora, de bien poco os serviría esa imagen de Cristo que traéis ahí delante, si no la tenéis grabada todavía en vuestro corazón.» Porque la reina traía dos Crucifijos, uno de oro suspendido al cuello, y otro de marfil blanco que conservaba en la mano, y pendientes de cada lado de la cintura llevaba asimismo dos ó tres crucifijos, unos de marfil y otros de oro. La reina, sin escuchar las palabras de los condes, no contestó á ellas, y con gran tranquilidad se puso á decir sus oraciones particulares, volviendo la espalda al doctor Fescher, que por su parte comenzó también á recitar una oración compuesta por él *ad hoc*, y que iban repitiendo los circunstantes.

En este momento la reina principió á rezar igualmente en latín en alta voz, y de manera que parecía esforzarse espresamente para que se la oyese mas que al doctor, y algunas veces entremetía palabras en inglés. Se notó en aquella ocasión que rogaba por nuestro santo padre el Papa. Sus oraciones en latín se componían de algunos versículos de los salmos de David, como por ejemplo: *Cor mundum crea in me Deus, et spiritum rectum innotia in visceribus. In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum, etc.*

Cuando por medio de sus oraciones quería expresar alguna pasión vehemente de su espíritu, hacía llorar y sollozar á todos los que la veían golpearse el pecho con el Crucifijo de marfil, lo que repetía á menudo.

El sentido de las oraciones del doctor era «que pluguiese á Dios, si tal era su voluntad, concederle verdadero arrepentimiento y reconocimiento de sus pecados, á fin de que pudiera morir en el verdadero temor de Dios y bendecir á S. M. la reina, cuyo reinado dilatase el cielo muchos años, para confundir los planes de sus enemigos.»

Antes de que hubiese terminado el doctor, la reina, además de las anteriores oraciones que había dicho en latín, volvió á rezar de nuevo y mas largamente en inglés y en alta voz, á saber: por ella, para que le diese Dios su santo espíritu; por sus enemigos, para que los perdonase el Señor como ella los perdonaba; por la Inglaterra, para que Dios desviase sus iras de aquella isla; por S. M. la reina, para que le concediese el Señor su bendición á fin de que pudiese adorarle con toda verdad; por su hijo, para que fuese el cielo misericordioso con él; y por la religión, para que Dios tuviese compasión de la pobre Iglesia afligida. En seguida, volviéndose del lado en donde estaban sus servidores, les requirió igualmente para que rogasen al Salvador la recobrase en su santo seno, y así dió fin á sus oraciones, apareciendo llena de gran valor, y sin alteración alguna en sus movimientos y modales continuó besando repetidas veces la imagen de la Cruz.

Después de esto en seguida de sus ropas hasta dejarla en guardapiés. Su traje era el siguiente: un vestido con mangas perdidas, de raso negro labrado, un rico velo de lino blanco estendido sobre la cabeza; un prendido también de lino á manera de cofia, y debajo una peluca que la sentaba muy bien. Debajo del vestido llevaba un jubon de raso negro labrado y guarnecido con seda de colores, y una falda de terciopelo negro con cola del mismo color.

Los vestidos que se le quitaron fueron puestos á un lado del tablado. El verdugo se había metido el Crucifijo en el bolsillo de sus calzas; y una de las doncellas de la reina se ofreció á tomarlo; y como se hubiere negado á ello el ejecutor, dijo la reina: «Os lo ruego, dadme el Crucifijo; ella te dará en cambio todo el dinero que la pidas.» Pero no le fué concedido.

El guardapiés que llevaba la reina era de terciopelo encarnado y el cuerpo de raso también encarnado, y habiéndose dejado con solo este guardapiés y el copión, una de sus doncellas la trajo un par de mangas de raso encarnado, las cuales se puso en los brazos, y de este modo fué ejecutada vestida toda de color rojo.

Como estuviese ya á punto de ser ejecutada, comenzaron sus doncellas á sollozar y llorar, lo que hubo de ofenderla mucho, y les dijo: «Es esta la promesa que me tenéis hecha de armaros de constancia? Antes debíais dar gracias á Dios por la resolución que tengo, que venir á conmover mi valor. Adios, hasta que os vuelve á ver.» Y volvió de nuevo á repetirles «adios,» despidiéndolas cariñosamente con la mano y mandándolas bajar del tablado. Ya dispuesta para la ejecución, ayúdola el caballero, tomándola por debajo de los brazos hasta arrodillarla sobre el cogin negro que estaba colocado cerca del tajo; en seguida la señora Curle, una de sus doncellas, la vendó los ojos con un capuchon, é inmediatamente con una resolución sin ejemplo inclinó el cuello sobre el tajo, que estaba cubierta de friso negro, diciendo y repitiendo muchas veces: *in manus tuas commendo animam meam,* y otros versículos en latín. Los ejecutores se arrodillaron y la pidieron perdón, el cual les concedió la reina diciendo: «Perdono á todo el mundo;» y antes bien dijo que se alegraba de ver tan cercano el término de todas las amarguras y aflicciones que había sufrido en su larga y dura prisión.

Perseverando siempre en sus oraciones y con el cuello pronto para recibir el golpe, había colocado las dos manos debajo de la barba, lo que visto por los ejecutores se las retiraron, para que no fuesen cortadas al mismo tiempo que la cabeza. Y después de esto el ejecutor la hirió con el hacha; pero no habiendo acertado á encontrar la juntura del cuello, la dió un gran golpe sobre el cerviguillo, y lo que fué digno de tan sin igual constancia es que no se la vió mover ninguna parte de su cuerpo ni estallar siquiera un suspiro.

El segundo golpe dió precisamente sobre el primero y la separó la cabeza del cuerpo, sin que el ejecutor retirase el hacha después de herir; temeroso de que estuviese todavía adherida á la piel. En seguida el verdugo tomó la cabeza y la levantó en alto, mostrándola al pueblo, y diciendo según costumbre: «*God save the Queen,* Dios salve á la reina Isabel;» pero al levantarla en alto cayósele de pronto de las manos, por haberla salido de la peluca. El pueblo contestó: *Amen.*

—Sí, dijo el conde de Kent en alta voz y con grande energía, *Amen, Amen,* y que pluguiera á Dios que todos los enemigos de la reina se viesen en aquel estado.

Lo mismo dijo el conde de Petersborough; pero al conde de Shreshbury y á otros muchos se les notó que habían derramado lágrimas.

De esta manera fué la ejecución hecha sobre la reina de Escocia en el castillo de Fotheringay, el 8 de febrero, miércoles, sobre las once de la mañana.

Después de hecha así la ejecución, tuvieronse cerradas las puertas del castillo para que nadie saliese de él hasta que fuese enviado un correo á la corte, lo que tuvo lugar á la una de aquel mismo día, conduciendo una carta y el certificado de la ejecución.

El correo fué Mr. Enrique Talbot, hijo del conde de Shreshbury.

Cuando los condes se levantaron para abandonar el tablado, se mandó despegar la sala, é inmediatamente salieron todos. En seguida el verdugo quitó las medias á la reina, que eran de seda de color bordadas con hilo de oro; las ligas eran dos preciosas bandalijas, y los zapatos de marroquín labrado. El cadáver con la cabeza fué conducido después por las gentes del preboste á la sala de Estrados, en donde uniformemente había sido interrogada por los nobles y señores del Consejo.

En cuanto á la manera de conducirse y á la resignación con que recibió la muerte, es cosa digna de memoria, y que puede servir de materia de asombro y maravilla el que desde su llegada á la sala hasta recibir el golpe de la cuchilla no se percibió la menor mudanza en su semblante; antes bien superando el dolor con su natural constancia, conservó siempre un aspecto sereno y una gran tranquilidad en sus acciones. Verdadero y seguro testimonio de la magnanidad de esta princesa, que arrebató en admiración á todos los concurrentes, hizo que hubiese infinitas circunstancias que hubieran podido inventar á terror y á miedo (1).

Nada mejor que esta relación puede inspirar un horror profundo hacia sus verdugos, y una respetuosa compasión en favor de la víctima.

BAUTISTA MONTAUBAN.

CUENTO.

(Continuación.)

Seguí á la buena mujer á una pieza bastante grande y de una notable limpieza, y que según las apariencias debía de ser la mejor de la casa, obligándome á sentarme en el puesto de honor, que era una silla

con el asiento de pajas de colores, mientras despedía un enjambre de pájarillos de la montaña y de los campos, y que apenas se habían asustado con mi llegada, y que la obediencia con una presteza digna de reyes, tan bien domesticados estaban, renovó en seguida los ofrecimientos que me había hecho, y se sentó después de mi reiterada negativa, preguntándome en qué podrían serme al menos útiles los habitantes de la casa blanca del monte.

—Ya se lo dije á vuestro hijo cuando llegasteis, le repliqué, pero lo ha olvidado. El pobre niño, señores, está muy atribulado. ¿Hace mucho tiempo que se encuentra en ese estado? —No señor, respondió enjugándose una gruesa lágrima, y aun ese no es continuo. Está siempre triste, tan triste como bueno, el pobre Bautista; pero no falta nunca en sus ideas y en sus acciones, cuando de ciertas palabras que yo me guardo bien de pronunciar delante de él no le vuelven sus accesos. Había nacido tan feliz, que era la esperanza y el orgullo de mi vejez; pero el buen Dios ha trastornado mis designios sobre él...

—Las lágrimas inundaron sus descarnadas mejillas. Yo le tomé la mano pidiéndola perdón por haber renovado sus dolores.

—Os diré ya que tenéis la bondad de interesaros tanto por Bautista, repuso con más calma, que José Montauban, mi marido, era el mejor albañil del Gran-Vau. A pesar de todo nos encontramos muy pobres, porque era un tiempo malísimo para el trabajador, y mi familia, aunque de una condición superior á la de José, había pagado un tributo mas penoso todavía á los acontecimientos; pero esto no hace nada á nuestro propósito. No sabíamos á qué santo encomendarnos, cuando un rico y respetable particular de las inmediaciones encargó á mi marido la construcción de una casa soberbia, que veréis después de atravesar el bosque, porque según parece venís de Avel. Cuando la casa estaba concluida, mi pobre José subió él mismo como jefe de los obreros, para plantar en su rápida según costumbre las banderolas de honor. Llegaba casi al punto, cuando un pedazo de la techumbre, que por nuestra desgracia se olvidara de fijar, se hundió con él, causándole la muerte. Mr. Dubourg, que era y es el dueño del edificio, se mostró muy sensible á tan cruel infortunio. Construyó por su cuenta esta pequeña vivienda para su hijo y para mí, en un terreno bastante fértil, señalando además una pequeña pensión á fin de subvenir á la insuficiencia de la renta y ponerlos al abrigo de las necesidades; que además tomár á su cargo la educación de Bautista, que tenía entonces cinco ó seis años, y prevenía en su favor á todas por su talento precoz y su hermosa figura, Bautista se educó en casa de Mr. Dubourg con los mismos cuidados y los mismos maestros que una hija de su bienhechor que tenía tres años menos. Permaneció en la casa diez años, y Bautista había aprovechado tan bien su tiempo, que según el parecer de las gentes mas instruidas, no le faltaba nada para trazarse un porvenir en el mundo. Mr. Dubourg se tomó el trabajo de venir en persona á anunciármelo, añadiendo con un tono serio pero cariñoso: «Comprenderéis, madre Montauban, que es ya tiempo de separar á Bautista de mi Rosalia: él tiene ya diez y seis años y ella pasa de trece. Estos jóvenes se encuentran ya en la edad de los amores; aunque educados como hermanos, saben demasiado bien que no lo son, y tal vez he tardado demasiado en descubrir este lado de su inocencia. Es preciso que volváis á encargáros de vuestro hijo, mi buena amiga, hasta tanto que yo le procure un puesto digno de sus talentos y aplicación. Es preciso que nuestros hijos se acostumbren á no verse, para que les sea menos dura esta privación cuando tengan que separarse para siempre. Yo tengo mis razones para esto, aunque nada me ha indicado que existan entre ellos otras relaciones que la de una pura y natural amistad. Bautista es un ángel de ternura y de amisión. Decide que yo no he dejado nunca de quererle, y hacédele entender con vuestro corazón y el talento de madre, que yo tengo algunos motivos para alejarle de mí. No os fallarán pretextos para cohonestar mi pretensión; y si lograis convencerle de que mi felicidad está interesada en ello, no dudo cual será su resolución. Sin embargo, si no hubiera otro medio, referid mis palabras, diciéndole que la reputación de las hijas es el mas precioso tesoro de los padres, y que la pública inmundación me impondría muy pronto un sacrificio mas penoso y sensible para todos, sino tomárais prudentemente mis precauciones. Exigidle palabra de no volver á la quinta, Dubourg, y yo le tendré por reconocido á mis favores y no por un ingrato. Una palabra mas: como la vista de mi casa podría causarle sentimiento, que turbaría su felicidad á vuestro lado, obtener de él que no se alojara de la selva por este lado mas allá del sitio que se llama la Casa abierta, pues el bosque se prolonga de uno y otro lado en dos largas alamedas que cercan el camino de los cerrados; al sitio en que se cierra en semicírculo por la corriente del Aín. Ya sabéis que las primeras espigas de mi parque se divisan á poco de seguir esa dirección. En cuanto á su obediencia no hay cuidado; moriría primero que faltar á su palabra.»

Escuché á Mr. Dubourg comprendido, porque jamás me había preocupado el peligro que tanto lo temía, y sin embargo lo que acababa

Escuché á Mr. Dubourg comprendido, porque jamás me había preocupado el peligro que tanto lo temía, y sin embargo lo que acababa

(1) Le très rapport de l'exécution faite sur la personne de la Reine d'Écosse, (16) Journal de Mr. Trévís, t. II, p. 876 à 874.

de decirme me parecía tan razonable, que mis respuestas se limitaron á expresarle mi gratitud y deferencia.

«Comprendo, continuó levantándose, que vuestras cargas van á aumentarse á medida que las mías disminuyen; pero esto no durará mucho tiempo, porque Bautista es conocido ventajosamente de mis amigos; y espero de un día á otro la noticia de que está colocado de una manera conveniente. Recibid entre tanto de mi amistad estos cien luises de oro para proporcionaros, en vuestro pequeño retiro, algunas comodidades á que está acostumbrado, y contad siempre conmigo.»

Hablando de este modo Mr. Dubourg dejó el bolsillo y partió, sin querer recogerla á pesar de mis instancias. Esta era precisamente la época en que Bautista venia todos los años á pasar algunos dias en mi compañía: traía consigo sus libros, sus herbarios, sus utensilios científicos. Yo era muy feliz! No extraño su mandanza acostumbrada, y aun casi creo que la deseaba esta vez lo mismo que las anteriores. Nunca había estado tan bello, tan satisfecho de vivir, aunque naturalmente inclinado á la tristeza desde niño; siguió así algunos dias. Solamente me afligía que se entregase con tanto ardor al trabajo, temiendo que su salud se alterase con tan asidua ocupación. «Tienes sobrado tiempo, le dije un dia, de hojear los autores! desde hoy no nos separaremos mas hasta que no tengas ocupación, y no se encuentra fácilmente en un país en el que hay tantos hombres instruidos, sobre todo después de la revolución.» A continuación le referí lo que me había dicho Mr. Dubourg. Cuando conté, Bautista se sonrió, recitó sus oraciones, y después de abrazarme se fué acostar muy tranquilo.

A la mañana siguiente y los dias sucesivos me pareció abatido. No habló absolutamente nada; sin embargo esta conducta no me chocaba; lo había visto muchas veces así.

Al cabo de una semana (hace ya cuatro años) me pareció que su razón se luchaba. Madre desgraciada! sucedió lo que yo había previsto cuando se obstinaba en sus estudios á pesar mio. Pronunciaba palabras incoherentes, sin sentido, ó que significaban cosas que no comprendía. Refa y floraba sin motivo, no se encontraba bien sino solo, dirigía la palabra á los árboles, á los pájaros, como si pudieran entenderle: lo raro es, quién lo creería que los pájaros le comprenden, como habéis visto, según la facilidad con que se dejan coger por él. Tal vez Dios que ha dado un instinto á estos animalillos para huir de sus enemigos, les permita reconocer el inocente que es incapaz de hacerles mal y que los quiere solamente por quererlos...

—Esta conversacion me había conmovido, y creo produciría el mismo efecto sobre vosotros, si pudiera contarla, como la he oído en su elocuente sencillez. Pasé la mano por mi frente para separar los tristes pensamientos que produjo en mi mente, y después cubrí mis ojos para ahorrarme una explicacion dolorosa y una conversacion inútil.

—He abusado demasiado de vuestra paciencia, replicó la madre de Bautista. Volvamos, os lo suplico, á lo que deseais de nosotros. — Todo lo que tenemos está á vuestro servicio. — Nada, nada, la respondí con ternura. Podriais indicarme el camino que conduce á la casa de Mr. Dubourg, porque es preciso que esta tarde esté en ella. — Bautista va á servir de gula. No pasa un dia sin que vaya á la embocadura del Aín, hasta cierto punto del cual le ha prohibido pasar, y esta es precisamente la hora en que va á hacer su caza. La única gracia que os pido es que no le habléis de esa casa, porque me parece que el recuerdo de su antigua morada en casa de su bienhechor perjudica á la razón de mi hijo. — ¿Con qué podría yo manifestaros mi reconocimiento por el servicio que me hacéis? — ¡Oh! en cuanto á eso creed que tomaria por una ofensa cualquier presente! no necesitamos de nada; y al contrario, nos encontramos en estado de hacer algo por los viajeros pobres que se presentan pocas veces en estos estraviados caminos. — Me resta imponeros una condición preciosa: el único favor que os pido es que no os presaleis las peticiones de este género que Bautista os haga, porque su objeto me amara. ¿Me lo prometéis?

—No dudé. En el momento dió dos palmadas, y (todas las pajarillas que había visto antes se presentaron en la puerta, gorgoteando alegremente!

—No es á vosotros todavía, continuó, que impacientes estáis! vuestras grandes ansias preparadas, y vuestras comederos no se han limpiado todavía. En seguida dió una tercera palmada; á esta última señal, Bautista entró, saltado, y aproximándose á su madre, se sentó sobre sus rodillas y pasó su brazo con cariño alrededor de su talle.

—¿Vedle cuán sabio y bello, dijo la madre de Bautista besándole en la frente. Ya lo veis, caballero, si yo tengo un niño amable, dulce y dócil, que será uno toda la vida como si le hubiera guardado en la zona! ¿Creéis que yo sea digna de compasión? Sin embargo lloraba!

—Bautista, es preciso que os distraigáis; hay un habéis hecho el ejercicio acostumbrado! A pesar de lo bello de la estación, nunca se han visto tantas mariposas en los campos! Sabéis además que tenemos los verdaderos de las últimas orías que no tienen hembras, y hace tiempo que pensais reemplazar nuestro gobierno que murió de viejo.

Bautista manifestó por sus ademanes y sus gritos de alegría, que su madre había interpretado bien sus deseos.

(Continúa.)

EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Un arte, que principia como lo veremos en el curso de este artículo, siendo anti-religioso y anti-social, que camina cual astro desviado de su curso, atropellando delante de sí los elementos constitutivos de toda sociedad, el principio de autoridad religiosa y el principio de autoridad civil, no podía menos de atropellar el principio restante: el de autoridad moral. Nosotros tenemos corta edad; pero no recordamos de un hombre irreligioso, ateo, que no sea también inmoral. Porque la inmoralidad es uno de esos crímenes ocultos, secretos, misteriosos, de los cuales dice el filósofo Montesquieu que se sustraen á todas las leyes humanas y que la religion sola puede alcanzar. *Il est des crimes qui échappent à toutes les lois humaines: la religion seule peut les atteindre. Montesquieu, Esprit des Loix.* El único freno de la liviandad es pues la religion. Pero nada mas distante que esta del lujurioso pensamiento de los provenzales. Espíritus triviales, valedizos, indiferentes, satíricos, los poetas de la Provenza se acostumbraron desde un principio á pasarla todo, lo sagrado como lo profano, al táliz de una crítica burlesca é impia. Entregados íntimamente á los sensuales placeres del amor carnal, vivían estos poetas en medio de una pesada atmósfera de excrementos, de abrássadores aceites, que trastornaba su mente y corrumpía su corazón. Y como la divinidad ciega siempre á aquellos á quienes quiere perder, consintió que sobre los ojos de estos poetas se corriese el denso velo de la lujuria. Y así cegados, los llevó primero por el ramino de sus propios vicios al crimen, al deshonor, á la infamia, y después á la desesperacion y á la muerte.

Si los trovadores fueron los enciclopedistas, los volterrianos de la edad media. Si hay poetas en alguna literatura que cediendo á los feroces ímpetus de una pasión brutal, de un amor monstruoso, infame, sacrifiquen en las manchadas aras de este liviano sentimiento cuanto noble, elevado y puro puede tener cabida en el corazón del hombre; si hay poetas que á un beso, á un abrazo, á una caricia de su dama, á una simple mirada, pero mirada lujuriosa, lasciva, llena de honestos indicios de un pronto crimen, haya postergado cuanto existe en el cielo y en la tierra digno de nuestro respeto y acatamiento, religion, virtud, honor, etc., etc.; si esos poetas se encuentran en alguna literatura, es seguramente en la provenzal.

Y la causa de esto, que para los que como nosotros nos trasladamos á la edad media y estudiamos los elementos que constituyen la vida moral é intelectual de esta edad, es un verdadero fenómeno, un inexplicable logogrifo, ¿cómo es? ¡Ah! bien fácil es adivinación. El haber estos poetas provenzales prescindido del sentimiento religioso; el haber hecho mas, el haber profanado, hollado un sentimiento que es la base mas firme de todo arte, de toda literatura, su verdadero punto de partida, el segundo elemental de donde está y argüelan de sacar los elementos de su existencia: el sentimiento religioso; sentimiento por donde principian las literaturas antiguas, y por donde principian tambien las modernas, y en particular la española, y por donde principia y camina tambien la literatura provenzal antes de convertirse en erudita. Mientras esta literatura es popular; mientras tiene por representantes de los sentimientos é ideas nacionales á los juglares, á los sencillos cantores del sentimiento religioso, que se sienta sobre todas las concepciones humanas de la edad media, y que forma su cúpula, su corona, este sentimiento se conserva puro, y con la plenitud de caracteres, en buen hora exagerados, que nosotros le recordamos. Tal se nos aparece en los poemas épicos de esta literatura; producto de la cristiana inspiracion popular. Pero al pasar de este terreno popular, ilimitado y fecundo, al estrecho, pobre y miserable de la erudicion; el pasar de la sencilla musa de los juglares á la de los trovadores, maliciosos y corruptos, este sentimiento se corrompe tambien y se pierde: que la candida flor se sija y marchita al ojo emponzoñado de un viento abrasador.

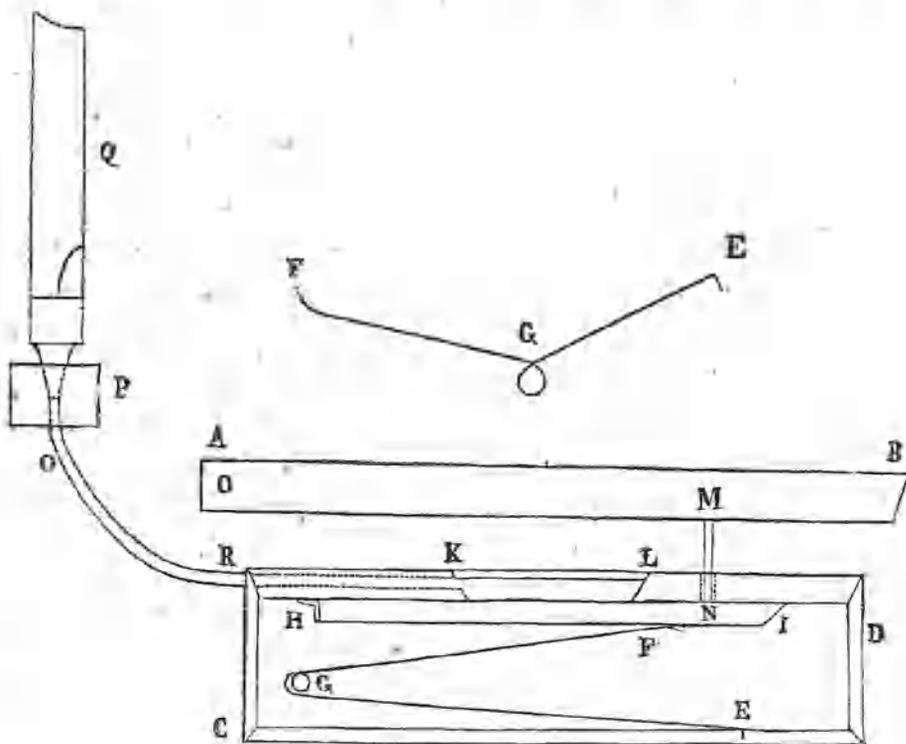
El arte antiguo en su primera faz, en el primer período de su existencia, período lleno de candor é ingenuidad, mientras se alimenta de tradiciones divinas, por decirlo así, de tradiciones que nada tienen de terrenal y humano, y mientras tiende á fines nobles y eleva-

dos, toma por base ese sentimiento religioso de que hablamos, pone en él todas sus esperanzas, y camina agrupado en torno suyo. Entonces, las consecuencias que se desprenden á manera de multiplicados arroyos de abundante manantial, de este sentimiento religioso, consecuencias de todo género y especie, morales, científicas, artísticas, y aun civiles y políticas, conservan el carácter y sello de este primer sentimiento. Así que, el amor primitivo griego, el amor de Homero revelado en sus poemas épicos en la *Iliada*, en el episodio de la despedida de Héctor y Andrómaca, y en la *Odisea* en la mútua fidelidad conyugal de Ulises y de Penélope, es un amor puro, verdadero, amor franco y leal, tierno y afectuoso como todos los primitivos sentimientos del hombre; amor que podríamos llamar cristiano. Es que mana de un sentimiento que limpia, purifica y embellece cuanto toca, el sentimiento religioso, el amor á la virtud y el temor á los justos dioses.

Más cuando el elemento humano con todas sus consecuencias predomina sobre el elemento divino, en el segundo período de la vida de los pueblos, á este sentimiento sustituye otro con opuestos caracteres, y lo que antes era noble, elevado, sublime, se convierte ahora en material y grosero. Tal lo vemos en el amor de los poetas líricos. En este segundo período el arte muda completamente de aspecto. Y lo peor es que sigue este rumbo fatal, no solo al través de la Grecia toda; sigue

también al través de la Italia, por donde pasa, y ha fatalmente de pasar antes de llegar á la Provenza de la edad media, país en el cual nunca debió penetrar, porque ahí estaba para impedirlo el cristianismo, gigante armado de piés á cabeza, parecido á los que la infantil imaginación de los poetas épicos colocaba en esta edad á la cabeza de los puentes para impedir que nadie pasara sin pagar el tributo. El haber encantado al gigante, el haberle adormecido al melodioso sonido de traidores instrumentos, para dejar el paso libre al arte antiguo, representado en su manifestación lírico-erótica, fué pues el gran crimen, el crimen nefando de los poetas provenzales. Crimen que se nos ofrece tanto mas horrible y monstruoso, cuanto que consideramos que estos poetas lo cometieron á ciencia cierta, á sabiendas, por falta de espíritu religioso, por renegar de las tendencias de su época, por no querer cumplir con la misión que les estaba encomendada. Misión que, como al pronto se adivina, era la de llevar al arte á su punto de partida, á su verdadero terreno, al terreno de los sentimientos religiosos y morales, del cual se había apartado en el segundo período ó faz de las literaturas antiguas, como acabamos de indicar.

Ese arte antiguo, al separarse de su verdadera raíz, al tomar un giro distinto del que debiera seguir, al convertir en fin su primitivo carácter en un carácter *antropológico*, se había hecho defectuoso, incompleto, bastardo. El completar aquel arte debió ser la misión et-



(Véase el artículo titulado *Apuntes históricos sobre los órganos*, pág. 62.)

pecial del arte cristiano; y hacer ver que este elemento había realmente completado aquel arte, debió ser igualmente la misión del arte provenzal, no en uno, sino en los dos modos de ser correspondientes á las dos clases de hechos ó ideas que existen en toda sociedad humana: el modo vulgar, sencillo, natural, el modo del pueblo rudo é ignorante, y el modo ingenioso, erudito, propio del pueblo culto. Mas el arte provenzal fué, lo mismo que el antiguo, imperfecto, incompleto. El elemento cristiano, el elemento del sentimiento y del amor, tuvo su representación en el pueblo, en el modo de ser tosco y rudo del arte, no en su manifestación culta y erudita. No así pasa en España, y esta es la grande, la sublime gloria, la gloria incomparable del arte español. Entre nosotros la manifestación de ambos artes está basada en los mismos elementos, alimentada de iguales motivos, proseguida y finalizada por iguales medios. No hay nada popular que no sea erudito, y no hay nada erudito que no sea popular. ¡Baldon eterno pues sobre el arte provenzal! ¿Qué motivos, qué causas, qué prestos siquiera tenía este en su manifestación poética, para establecer semejante división entre sus elementos constituyentes? ¿Qué razones existían para que los juglares fuesen unos, y otros los trovadores, para que el gran elemento cristiano se hallase en los primeros y desapareciese en los segundos? ¿Por qué en fin había de heredar el arte provenzal, erudito en lo que toca al sentimiento, al corazón humano, del arte griego, cuando nosotros desechamos esa herencia, esa transmisión de un arte á

otro? ¿Se quiere saber lo que es el amor en la manifestación erudita del arte provenzal, es decir, en la poesía de los trovadores? Pues vamos á bosquejarle á grandes rasgos.

El amor puro é ideal no se encuentra en esa literatura: en ella no se encuentra ese sentimiento racional, filosófico, cristiano, producto de una mente elevada y un corazón puro y limpio, que nos hace ver en el objeto amado, en la mujer, un ser igual á nosotros, digno de respeto y veneración, una cosa misteriosa, sagrada, á la cual no nos es lícito tocar con la mente turbada por incisa pasión y las manos manchadas por el crimen: un sentimiento que enaltece igualmente al que lo posee y á aquel sobre quien recae; que vive oculto en nuestro corazón como en un santuario, y cuando se manifiesta aparece tímido, incierto, vacilante y siempre humilde y respetuoso; un sentimiento constante, resuelto, eficaz, que ni debilita el tiempo ni amenora la distancia; un sentimiento en fin, manantial fecundo de suave, de apacible bienestar, de inefable ventura. No; no busquemos semejante amor en la literatura de los provenzales. El amor de esta literatura es un amor sensual, grosero, asqueroso, torpe; un amor frenético, impaciente y ciego, que solo escita la belleza exterior, de formar la belleza fría y matemática de la carne; amor efímero y circunstancial que solo dura lo que dura la pasión; amor de suyo infecundo y estéril, que se olvida con la misma facilidad que se adquiere; amor impudente, atrevido, temerario, que nada teme y que nada respeta; amor que considera

á la mujer, no como una compañera dada por Dios al hombre para establecer un justo, un necesario, un benéfico equilibrio entre su cabeza y su corazón, para completar su individualidad, que de otro modo permanecería aislada en la esfera de los hechos metafísicos, y haría árida, infundada y difícil su existencia; sino que mira á la mujer como un ser despreciado y despreciable, tan sólo útil en el mundo de la realidad para entretejer la fantasía del hombre, y satisfacer sus lascivos caprichos; amor en fin, que no es cristiano, que forma un agnosticismo en la poesía provenzal, que nace en esta poesía, merced á causas incidentales y secundarias, como por ejemplo, la de las influencias topográficas, y á esa serie de motivos variables y circunstanciales, que envuelven en sí y como que arrastran de un modo fatal la decadencia de todo sentimiento.

Este es el amor en la literatura provenzal. Estos son los caracteres generales que le distinguen y le imprimen un giro especial. ¿Y por qué hallamos en esta poesía un amor tan extraño, una pasión tan poco revestida y engalanada con los caracteres del cristianismo, y cuya grosera sensualidad discrepa tanto de lo elevado, de lo grandioso y sublime de la idea cristiana, de lo puro y noble del sentimiento humano, envueltos en ese sentimentalismo, en ese bello ideal que se cierra cual vaporosa nube sobre el horizonte de la edad media? Por una rara serie de causas, por un anómalo conjunto de motivos de no fácil explicación, pero que se hallan frecuentemente reunidos en una edad en que se reúnen opuestos elementos sociales, en el gran trabajo de reconstrucción que se verifica en los hechos y las ideas.

Entre los provenzales existía un libro muy particular y extravagante, resumen de los elementos de su literatura, y cuyo examen en el terreno de la religión, de la filosofía y del arte, dándonos á conocer las verdaderas, las genuinas fuentes de esta poesía, nos dará también la medida de lo que debía de ser su forma. Hablamos del código de amor. Nótese la palabra código. Código, es una reunión de preceptos, de leyes: se manda el valor, se impone como un deber, como una necesidad: esta palabra basta. El amor convertido en obligación, en necesidad, se convirtió igualmente en costumbres: y la costumbre de hacer una cosa, por grata que esta sea, no tiene atractivo ninguno, se hace cosa vulgar y despreciable, por aquello de que «demasiada familiaridad es causa, etc., etc.»

Mandábase en este código que servía de tal para la redacción y composición de estas poesías, y para dirigir los fallos de las damas-jueces en los certámenes de amor, cosas tan peregrinas como la de que el matrimonio puede disolverse por un gracioso divorcio de amor; esto es, que la mujer, la esposa, puede dejar y honradamente enamorarse de un trovador que toca la lira bajo su ventana y le canta una canción amorosa. Nótese que en esto van siempre ganando los trovadores, que concluyen por casarse con las damas ajenas: pues como no es fácil que un marido se enamore de un trovador y se marche con él, á la esposa únicamente incumbe el infringir las leyes conyugales, por obedecer á las de amor. Mandábase una porción de cosas por el estilo, referentes todas á este venturoso amor; á que sea generoso y espléndido, á que no repare en pedidos, ni sea escrupuloso, ni demasiado escueto en motivos morales; y ya sabemos todos lo que es en una mujer el ser espléndida en amor; el ser como la francesa Ninon de Lenclos, de quien se dice dejaba á los dados el designar la casual paternidad de los hijos habidos de sus amantes, y como otras muchas célebres damas de este género aventurero. Sigue este famoso código estableciendo cosas por el estilo, como el que se puede tener un amante, aun dentro del sagrado recinto de familia, por á quien de que no obsta lo contrario á la valiente; esto es, que se puede servir, contra lo prescrito en el Evangelio, á dos amos, á Dios y al diablo; y en fin, una larga serie de cosas análogas cuya tendencia poco moral puede fácilmente calcularse. Ahora bien: un amor inmoral no es amor. ¿Qué porfia tomaste tan sin pró, siendo tan bien andante en este reino? preguntaba D. Juan Alfonso de Albuquerque, privado de D. Pedro el Cruel, á D. Alfonso Fernández Comnén, señor de la villa de Aguilár, quien por solo seguir el espíritu de rebelión de su época se había levantado y hecho armas contra el rey de Castilla. D. Juan Alfonso, contestóle el rebelde señor, *esta es Castilla que hace los hambres y los gasta.*

¿Qué razón pues, qué motivo, qué pretexto siquiera tenían los poetas provenzales, que porfías tomaban tan sin pró estos poetas, siendo tan bien mirados, tan bien queridos por el espíritu cristiano, galante y caballeresco de su época, para levantarse contra este espíritu que á manera de égida los protegía, y hacer armas contra él? ¿Qué razón tenían para blasfemar de inmoralidad, de impiedad, estampando en ese libro llamado Código de Amor leyes de galantería tan íntimas, preceptos tan destructores de todo orden religioso y moral? ¿A qué introducir con las máximas disolventes de este código, en el seno de pacíficas familias, el desorden, la desunión, la ruina y muerte, rompiendo el matrimonio, base en que se apoyan, eje en torno al cual giran, y poniendo en su lugar el negro fantasma del adulterio cuyo aspecto buyen paralizos todos sus miembros? ¡Ah! que al era

el destino de la Provenza, el de hacer á sus hombres y gastarlos. ¡Ah! que era cada poeta provenzal rápido, pero fatal metéoro, que cruzaba el horizonte esparciendo por doquier el brillo y el espanto.

Estas son pues las famosas cosas que se hallan en el Código de Amor. Ellas forman la fuente de Hipomenes, la musa inspiradora de los cantos líricos de estos poetas. A ellos se sujetan los trovadores en sus sentimientos é ideas. ¿Y qué otro linaje de amor podría resultar de aquí que el ya descrito anteriormente? ¿Y cuáles debieran ser las consecuencias de este amor en el terreno de los hechos y de las ideas, en el mundo moral, intelectual y físico? En las ideas, en los sentimientos, el desconcierto, la desorganización, la anarquía; porque de todas las pasiones que han establecido su morada en el corazón del hombre, la de la lujuria es la más funesta en sus resultados: es aquella con que la divinidad ciega la mente humana, la fríasiora y extravía, cuando quiere perder al desgraciado mortal. En los hechos, los amores ilícitos, el adulterio, el reinado del crimen y de la liviandad: la desunión de las familias, el desquiciamiento en todos los elementos que componen el sagrado hogar doméstico; y de aquí la corrupción de las costumbres sociales que runde por todas partes con rapidez espantosa, fecunda en violentas, en dramáticas consecuencias. El trovador, por punto general, es un hombre lleno de vicios, un calavera de mal género, un grotesco Lovelace, un Faublas, cuya vida aventurera y romancesca, llena de agitados y febriles emociones, se pasa de un modo sobre manera extravagante. Durante el tiempo del frío y de la lluvia, cuando sobre la naturaleza toda se estiende pesado el manto de la tristeza y de la melancolía, el trovador desata las cuerdas de su lira y se retira á sus humildes hogares; ó con más frecuencia á los opulentos de algún magnate que gusta de sus cantos bajo las sonoras bóvedas de su castillo feudal. Mas cuando la naturaleza muda de aspecto; y al pálido sol de la melancolía sucede el sol brillante de la esperanza, cuando canta el pájaro en la enramada y abre su cáliz la flor del valle, abandona el trovador sus penas de invierno y se lanza como la naturaleza á disfrutar de nueva y mas alegre vida.

ARTÍCULO DE AQUINO.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA RODRÍGUEZ.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO II.

EN SIERVO DE DIOS.

En el mismo día de los sucesos que relatiendo vamos, con la diferencia de algunas horas, paseábase por una cámara de su palacio el veloso y acaudado D. Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, y estubo ante faciem Ecclesie de nuestra recientemente conocida la hermosa y no bien hallada condesa Dofia Ana. Entre varios pergaminos que tenía en sus manos, pasaba de cuando en cuando por uno de ellos en particular profundas miradas, con evidentes señales de inquietud y desasosiego. Paseábase de nuevo, tornaba á leer, y ahogando una especie de rugido amenazador, echaba por la pieza cada vez con pasos mas presurosos y desiguales. Engolfado se hallaba el descontento prócer en sus preocupaciones, cuando un ugler tocó á la puerta, anunciando al reverendo fray Antonin de Guevara, delinidor provincial de los padres franciscanos de la Observancia, á quien mandó introducir en demora á su presencia, saliendo además á recibirle en la anticámara con lasignas deferencia y benévolo talante.

—¿Cuántas horas pasó quien humildemente viene á besar las manos de vuestra grandexa!... dijo el franciscano con hipócrita mansedumbre, apenas vió al magnate depararle tan distinguido recibimiento.

—Vengan siempre en buen hora á los umbrales del potentado de la tierra los representantes del poder de Dios.

—¿Siempre tan noble como buen cristiano!

—Entrad, entrad, padre, que tengo singular satisfacción en veros por aquí esta mañana.

El almirante decía estas palabras, haciendo entrar al frile en su cámara, y volviendo despues la puerta, que se cerró suavemente tras de los dos. Señaló en seguida un espacioso sillón al recién llegado; y mientras este se hallaba pensosamente en él su espacioso vólvulo, D. Fadrique se colocó á su frente, y arrojado los pergaminos sobre la mesa que entre ambos mediaba:

—Sin duda, dijo, padre guardián, Dios os ha tocado en el corazón; porque no podáis llegar á mejor tiempo.

—¿Pues?...

—Vuestros consejos me han de ser hoy grandemente necesarios; y acudo á V. P. con decidida confianza.

—Casi me pone en cuidado!... pero sea lo que fuere, soy vuestro; y todo cuanto pueda hacer mi humildad será corta ofrenda de mi agradecimiento y del de la orden.

—Siempre lo he visto así... y ya sabéis procuraros hacerme digno de vuestra bendición y de la del cielo.

—¿Os deben tanto los militantes hijos de mi gran padre!...

—Y quiero que me deban cada día más. Desde hoy hago donación á vuestro convento de docientas fanegas de pan mediado sobre mis estados de Villabragina.

—¡Oh magnífico y piadosísimo protector!...

—Pero del asunto en que vais á serme útil voy á informar detenidamente á V. P. Sabe bien que yo, humilde vasallo del sacratísimo emperador, soy, ó al menos házme creer, el sosten, la columna del trono y de la religión, tan liera y locamente atacados por los rebeldes de la comunidad.

—¡Oh!... sí, sí!... esos hijos de Satanás!...

—Luego me diréis. Toda España sabe lo que yo y los míos hemos hecho por la causa santa. Nada empero ha sido bastante para contener y domar ese torrente popular que amaga devorarnos; y hoy, padre, hoy es el día en que casi desconfío de la salvación de los buenos.

El fraile palideció, y el almirante lanzó un gemido sordo.

—Mentira parece, continuaba este, y sin embargo nada más cierto!... Aquí tenemos los despachos que contienen tan desconsolador dictamen. Estamos en medio de un círculo de fuego, que se va estrechando, y que sin un esfuerzo fabuloso concluirá por ahogarnos sin remisión. Mirad, mirad!—En Valladolid se alienta el gobierno rebelde; y bajo el título de *Santa Junta* domina toda aquella merindad. En Tudescillas se halla la Reina Madre en manos de la insurrección. Yo bien sé que es por sí misma un elemento nulo; pero es la reina, y este nombre nos hace mucho daño en el ánimo de la plebe, que juzga solo por lo que ve, ó se la hace ver sin exámen, y por su impresión. Y los comuneros tienen bastante desveza para fascinarla con la ficticia mancomunión de la reina en su acción, para autorizar la rebelión con su nombre y carácter, para oponernos una reina viuda, hermosa, doctante y española, que no puede menos de excitar simpatías en el hidalgo, caballeresco y apasionado corazón de nuestros paisanos; y para sacar, en fin, de todo esto más partido del que pudiéramos creer y esperar. El inquieto obispo de Zamora se ha hecho dueño de la ciudad, arrojando de ella de rebato al conde de Alba; y junto considerable escuadrón, ha venido sobre nosotros y tomado á Villabragina, rompiendo al marqués de Astorga, Salamanca envía á D. Pedro Maldonado con mil peones; Leon con una gruesa banda á Gonzalo de Guzman; todas las ciudades y villas de Castilla niegan acatamiento al emperador; y hasta en las aldeas ha penetrado el contagio del levantamiento y la mala pasión. Ya veis; Ampudia, Torremormoja, tomada al descomedido conde de Salvatierra por el bueno de D. Franco de Zamonte, están amagadas de caer en manos de cinco banderas, que sobre ellas vienen de Cabezon y Cigales. A estas horas ignoro qué habrá sido de Mazariego y Monzon. Y á nuestras mismas barbas Palacios de Meneses hace cuerpo en la rebelión, y la importante atalaya de Tordehumos es el núcleo de los enemigos, que cada día nos abientan con su audacia y descomedimiento!...

Caulló el almirante para tomar aliento y dar vado á su afán. El reverendo, de pálido había dado en livido, y se mordía los labios sin compasión.

—¿Qué tentos nosotros, prosiguió el narrador, para hacer frente á tan deshecha horrasca?... Esta villa, populosa, opulenta y de mi mando, es cierto. Pero con todo, no veo claro. Los vecinos de Medina de Rioseco están tan viciados del espíritu turbulento y mal sentido de la comunidad, como los que andan desahucados por los campos y ciudades. Tienen los mismos intereses, franquicias y pasiones que defender. Y si aquí no ha sonado la mala hora, gracias á mi prevision de ocupar la villa, á guisa de país conquistado. Guardémosnos de un azar, que ni es imposible ni dejaría de ser mortal.—Aparte de esto, á nuestro lado bullen unos cuantos señores y un montón de gente mal avenida y peor aderezada. Y tenemos que luchar contra el pueblo, contra mucha y granada parte de la nobleza, contra la reina, contra un mundo, en fin, de enemistades, aventuras y peligros. El cardenal ha de mí el desempeño de esta empresa. El César me colma de confianzas y mercedes. Y ambos me ponen á punto de salir adelante, ó perder la vida en la demanda. Ya me habeis oído. Ayudadme pues con vuestros consejos, y pedid á Dios por el reino y por el rey.

Después de esta fatídica terminación, el almirante quedó en penosa espera; á la cual el fraile no hubo de responder tan breve, que dejase pasar un intervalo de profundo silencio. La precedente

relación había encendido en su alma los infernales odios que profesaba á los comuneros, y la sed de venganza y mortales iras que inundaban sus ojos de siniestros relampagos, á pesar de los esfuerzos que hacía para no desmentir la mansedumbre apostólica. Logrando al fin reconcentrar sus violentas impresiones, que sabía no eran del gusto ni entraban en el sistema del almirante, repuso con voz reposada y mentida gravedad:

—Mucho me duele, poderoso señor, la pintura del estado y de la religión que habeis sido servido en confiaros. Y tanto más, que me conozco muy pequeño para que mi voto sea de algun valer en tan enmarañados contratiempos. ¿Qué se le alcanza de los peligrosos caminos del mundo á un pobre religioso condenado á la oscuridad y al alejamiento de las vanidades?...

—Sé bien lo que vale vuestra virtud y reconocidas prendas. Jamás invoqué en vano ni el consejo del sabio, ni la oración del justo.

—Yo no soy más que miseria é imperfección. Si alguna vez mis palabras han tenido valor, es un rasgo de la misericordia divina, que se complace en resplandecer sobre el más indigno de sus siervos!

—¡Oh!... No sabe V. R. lo que sufro, ni las tempestades que me cercan. Si al menos pudiera contar con los míos!...

—¿Cómo, señor!... El primero de los príncipes de Castilla, el burgalés del cesáreo y católico emperador, el Moisés del estado!...

—Sí; el príncipe que no tiene igual, el brazo del imperio... se halla quizá más infeliz que el último de sus pecheros!

—¡Oh!... esa es una exageración de vuestra fantasía!... una de las flaquezas de la humanidad.

En otra ocasión haré por convenceros de mis tristezas. Ahora importa sobre todo acudir á los peligros del estado. Os he pedido un consejo... y ya lo aguardo.

—Necesito tiempo para reflexionar.

—¿Os bastarán veinticuatro horas?...

—Como en la miseri oración de Dios.

—Hacia mañana pues.

E inclinándose el fraile profundamente, salió del aposento, echose la capucha, y comenzó á recitar el *misereere* sorda y penitenciamantemente; mientras decía consigo mismo: mañana será dueño de la conciencia de la condesa... con buenos todos los medios que conducen al fin.

(Continuará.)

LA CAUTIVA.

Leyenda granadina del siglo XIV.

VIII.

Todo es alegre bullicio,
todo es júbilo en Granada;
flores decantan sus calles,
sus ajimeces guirnaldas.
Ya triunfante Abul Walid
viene á deponer las armas,
y su pueblo alborozado
por el tránsito le aclama.
Otsman le acompaña y muestra
su faz abatida y pálida,
que algún sentimiento amargo
le oprime y angustia el alma.
Mas ¿qué fue de aquel mancebo
cubierro de ricas galas,
que al partir, tan animoso
en su óvero cabalgaba?
Nadie lo sabe; la noche
en que perdió su cabaña
se alejó del campamento.
Acaso piensa el monarca
que dócil á su advertencia
hacia Guadix caminaba;
pero algunos mas sagaces
murmuran en conlanza,
que con muchos de sus deudos
se vino en pos de la esclava.

Apenas la oscura noche
estendió sus negras alas,
mientras los nobles solícitos
acuden al régio alcázar,
y al monarca felicitan
por la gloriosa jornada,

cuatro ginetes armados
con sigilo cabalgaban,
entre la espesa arboleda
que cubre de sombra opaca
el lecho, por donde el Dauro
lleva su corriente mansa.
Uno, el corcel abandona,
á otro las riendas encarga,
y en blanco alboroz envuelto
sube la pendiente rápida.
Un hombre á su encuentro sale,
que le murmura en voz baja:
«ya toda la gente oculta
solo la señal aguarda.»
«Bien» contesta elembizado,
y á la senda solitaria
que al Generalife guía
desde la vecina Alhambra,
se encamina hasta ocultarse
bajo la densa enramada.

La triste Leonor en tanto
levanta sus negros ojos
hácia el cielo,
y no halla alivio á su llanto,
ni consuelo.

No calma la bella estancia
del régio Generalife
sus dolores,
ni percibe la fragancia
de las flores.

Pero en la verde espesura
de aquellos valles sombríos
quizá vela
alguno, que su ventura
solo anhela.

Apenas los alentos cortesanos,
que siempre son del vencedor amigos,
se alejaron del rey, su alfange pide,
y trocando su espléndido vestido,
del mágico palacio oculto sale
y en silencio y á pié tomó el camino
del real Generalife, donde espera
dar sus graves cuidados al olvido.
Aun largo trecho que cruzar tenia
cuando le cierra el paso de improviso
blanco fantasma, en cuya airada mano
lanza un acero su funesto brillo,
y que le grita: «Abul-Walid, detente,
que has de pasar sobre el cadáver mio
antes que llares tuya á esa cristiana.»
Era Walid de corazón altivo
y en armas diestro: desnudó el alfange
y al contrario acomete enfurecido.
De los dos combatientes, uno á poco
el pecho traspasado, al suelo vino,
y el otro se alejaba murmurando:
«ó morir ó matar, estaba escrito.»

Numerosos brotando por doquiera
sus armados secuaces escondidos,
acometieron á la escasa guardia,
que fué impotente á contener su brío.
Y vió Leonor entrar en su aposento
al generoso moro que le dijo:
«enjuga ya tu llanto, que eres libre.
En Marlos lo juré; vengo á cumplirlo.»

Conclusion.

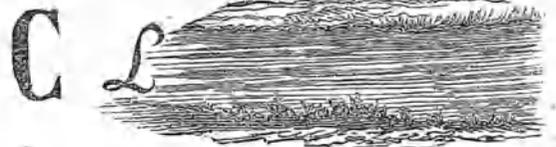
A Alcandeta conducido
fué, con diligencia suma,
el buen Fernando Padilla
después de la infausta lucha.
Mas que su grave dolencia
agudo pesar le abruma.

Una noche llega al lecho
un escudero y le anuncia
que unos caballeros árabes
por su morada preguntan.

Consolador pensamiento
al punto su mente cruza,
y que les den libre entrada
manda sin tardanza alguna.
Trocóse en intenso júbilo
de su corazón la angustia,
cuando á su Leonor contempla
tímida y bella cual nunca,
y á Ismael, que al verle dice:
«de toda villana injuria
prometi librarla; es justo
que cual lo juré, lo cumpla.
Te la devuelvo: no está
la lumbre del sol mas pura.
Para siempre de mi patria
me aleja ingrata fortuna;
quizá las futuras gentes
mi nombre de infamia cubran;
mas pensaré donde quiera
que mi estrella me conduzca,
que aquí Leonor y Fernando
con gratitud le pronuncian.»
Al terminar, por su rostro
dos lágrimas de amargura
rodaron, que sin demora
con el alboroz oculta,
y á despecho de Fernando,
que por detenerle pugna,
sale, cabalga, y á poco
perdióse en la niebla oscura.

EMILIO LAFUENTE ALCÁNTARA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.